

La poesía de Aleksandr Pushkin: La eterna alegría de vivir (Motivos anacreónticos)

Marina Kuzmina

*Departamento de Literatura
Universidad Nacional de Colombia*

En 1999 la cultura rusa y la humanidad entera conmemoran el bicentenario del natalicio del genial poeta y fundador de la lengua literaria rusa Aleksandr Sergueyevich Pushkin (1799-1999). Su legado literario, lleno de amor a la vida y a la libertad, no pertenece a un solo pueblo, sino a toda la humanidad.

La poesía de Pushkin, bondadosa y luminosa, abrazó todos los aspectos de la vida y del destino. «Pushkin es nuestro todo», dijo un poeta ruso. La frase, por certera y afortunada, se ha hecho proverbial. La riqueza temática de su obra es inabarcable en un ensayo. Por lo tanto no es nuestra intención tratar los motivos libertarios, los del amor a la patria, de la lucha contra la tiranía, etc. Nuestro interés está en mostrar únicamente una faceta de este gran legado: su naturaleza soleada, su alegría, su carácter terrenal.

Es asombroso cómo el genio de Pushkin en el breve período de creación que el destino le concedió logró expresar todo lo esencial del espíritu de su nación, los verdaderos sentimientos de la naturaleza humana y plasmarlo en una forma poética que, en palabras de Vissarion Belinski,¹ «hizo de la lengua rusa una maravilla». Dice Belinski sobre el verso de Pushkin: «La plasticidad y sencillez de los clásicos se conjugaba en él con el encantador juego de la rima romántica; toda la riqueza acústica, toda la fuerza de la lengua rusa se manifestaron en él con asombrosa plenitud; es suave, dulce,

¹Vissarion Belinski (1811-1848): gran crítico literario ruso.

delicado como el murmullo de la ola, elástico y espeso como alquitrán, resplandeciente como un cristal, fragante como la primavera, fuerte y poderoso como un golpe de espada en mano de un héroe. En él hay encanto y gracia inefables, brillo deslumbrante y dulce ternura, en él toda la riqueza de la melodía y de la armonía de la lengua y de la rima, toda la delicia, toda la embriaguez del sueño creador, de la expresión poética" (Belinski 329-30).

El irresistible encanto de la poesía pushkiniana, la nitidez de las imágenes, la contagiosa fuerza de los sentimientos, el brillo de la inteligencia, el virtuoso dominio de los medios verbales en el primer contacto con su obra puede incluso opacar lo más importante: el contenido de los versos. Deslumbrado por su belleza, embebido en su música, el lector ya no se preocupa en pensar en la idea o en la razón de ser de los deliciosos versos.

De los poetas como Pushkin escribía Hegel: «El verdadero talento, en general, dispone con facilidad de los materiales sensibles. Se mueve en ellos como en su elemento propio y natural, que en lugar de molestarle y oprimirle, por el contrario le levanta y le conduce . . . Tan sólo en las traducciones es en donde la imitación . . . llega a ser una violencia y un tormento artístico» (Hegel 335).

La dificultad de traducir a otros idiomas el hechizante verso de Pushkin explica, en parte, el relativamente pobre conocimiento de su obra en occidente, sobre todo si lo comparamos con la incuestionable fama y autoridad de Dostoyevski, Tolstoi y Chejov. Para la cultura rusa, sin embargo, Pushkin es el hombre del milenio. Los estudios pushkinistas tienen una tradición de más de un siglo y medio y ostentan entre sus exponentes las más grandes y prestigiosas figuras desde Vissarion Belinski hasta nuestro contemporáneo Yuri Lotman.

La poesía de Pushkin vive en la cultura rusa como parte inalienable de la vida del corazón y de la mente de toda una nación. El académico Lijachev resume en breves palabras esta esencialidad del legado pushkiniano:

Pushkin es el genio que fue capaz de crear el ideal de la nación. No simplemente de «reflejar» o «representar» las particularidades nacionales del carácter ruso, sino de crear el ideal de la nacionalidad rusa, el ideal de la cultura . . . Pushkin es el genio de la ascensión, el genio que en todo buscaba y creaba las manifestaciones supremas; en el amor, en la amistad, en la tristeza, en la alegría y en el valor guerrero. En todo, él ha plasmado tanta tensión creadora de cuanta sea capaz la vida. (Lijachev 151-52).

Proféticamente escribía Belinski en 1846: «llegará el día cuando él será un poeta clásico, sobre cuya obra se formarán y desarrollarán no sólo el sentimiento estético, sino el moral también» (Belinski 569).

La vida de Aleksandr Sergueyevich Pushkin fue difícil. Fue perseguido por el gobierno debido tanto a sus vínculos de amistad con miembros de las sociedades revolucionarias secretas como a su poesía irreverente. Fue acosado por la alta sociedad con la cual tenía que tratar por su origen aristocrático y, en los últimos años, por su matrimonio con la bellísima Natalia Goncharova. Tampoco fue reconocido por la crítica literaria contemporánea, ni totalmente por el público lector, que fue la misma alta sociedad (el verdadero lector de Pushkin surge a partir de los años cuarenta del siglo pasado cuando comienza el proceso de democratización de la cultura en Rusia). Además, mucho le perjudicaba su propio carácter apasionado y fogoso. Sus constantes amoríos, la pasión por el juego (que le dominaba a veces), su irascibilidad descomunal (que lo conducía a grandes riñas e, incluso, a duelos) —todo esto le afectaba frecuentemente tanto a él como a los que le rodeaban. Por su naturaleza extremadamente benévola y confiada, el poeta se apenaba de sus errores, se atormentaba con ellos. En uno de sus mejores poemas, «El Recuerdo» (1828), escribe con enorme fuerza artística sobre los dolorosos remordimientos de su severa conciencia, sobre los recuerdos de los abusos de la vida pasada, se lamenta amargamente, pero reconoce que el pasado no se puede anular.

La memoria silenciosamente ante mí
Su pergamino va abriendo;
Y, con repugnancia leyendo la vida mía
Yo tiemblo y maldigo
Me lamento amargamente, y amargamente lágrimas derramo.
Pero las líneas tristes no las borro.²

Como auténtico artista y gran poeta por la gracia de Dios, Pushkin sabía distinguir nítidamente entre el comportamiento del hombre, sus sufrimientos y emociones consuetudinarias, mundanas, «accidentales», por un lado, y aquello que él podía dar a los hombres en su obra, por el otro. En su creación se elevó siempre por encima de sí mismo a la altura de la que fuera capaz como un artista, como un hombre de talento.

² Nos hemos permitido traducir algunos fragmentos de la poesía rimada de Pushkin en prosa; siendo nuestro análisis temático, consideramos más importante el aspecto semántico de la palabra del poeta que el sonido, el cual es intraducible. En otras ocasiones ofrecemos las versiones de traductores reconocidos en Rusia. La traducción de los pasajes críticos es nuestra.

El sentimiento que domina la poesía lírica de Pushkin, dedicada en su mayor parte a los temas del amor y de la amistad, es profundo y, a la vez, sereno y dulce. «El no niega nada, nada maldice, todo lo contempla con amor y benevolencia. La misma tristeza, a pesar de su profundidad, es, de alguna manera, asombrosamente serena y trasparente; apacigua los tormentos del alma y cura las heridas del corazón» (Belinski 349).

En la poesía de Pushkin todo sentimiento es bello. No sólo la forma poética, sino «cada sentimiento que está en el fondo de cada uno de sus poemas es exquisito, lleno de gracia y virtuoso en sí; no es simplemente un sentimiento del hombre, sino el sentimiento del hombre-artista. Existe algo especialmente noble, dulce, delicado, fragante y gracioso en cada sentimiento de Pushkin» (Belinski 349).

Se podrían citar páginas enteras para corroborar esta idea de Belinski, pero nos conformaremos con dar dos ejemplos. En el primero la noble y conmovedora resignación ante un amor no correspondido o imposible se plasma en la poesía antológica «Yo os amé»:

Sí, yo os amé, y en mi alma delirante
Aquel amor no se extinguió quizás.
Mas no tengáis temor en adelante;
No quiero ya afligiros nunca más.

Amé en silencio, lleno de amargura;
Celoso fui, sufrí la timidez...
Amé de corazón, con tal ternura,
Cual quiera Dios que os amen otra vez.
(1829)³

En el poema «19 de octubre» (1825), dedicado al aniversario del Liceo anualmente celebrado por los condiscípulos y amigos de Pushkin, el poeta, quien se encontraba a la sazón en el exilio, se dirige a cada uno de los amigos ausentes y al final reflexiona con una melancolía profunda pero serena:

Festejen, pues, mientras estemos aquí,
Ay, nuestro círculo se estrecha cada día;
Alguno duerme el sueño eterno, otro solitario arrastra en la lejanía sus días.
El destino nos mira; marchitamos, días corren;
Imperceptiblemente encorvándonos y el corazón más frío cada día

³ Versión de César Astor e I. Brey en: *Literatura Soviética* [Moscú] 1 (1987): 128.

Nos acercamos al comienzo...

¿A quién de nosotros en la vejez le tocará

El día del liceo festejar ya solo?

¡Amigo infeliz! en medio de nueva generación

El convidado importuno, inútil y extraño

Recordará a nosotros y los días de festines

Con mano temblorosa cubriéndose los ojos...

Que encuentre aunque triste consuelo

Ese día en una copa de vino,

Como yo, el ermitaño caído en desgracia

Lo he pasado sin pesares ni cuidados.

Pushkin no se detiene en el sentimiento doloroso y termina el poema con el acorde animoso, el poeta no deja que el destino lo venza. «Como un artista verdadero él poseía este instinto de la verdad, este tacto de la realidad que le señalaban ‘el aquí’ como fuente del dolor y del consuelo, y que le hacían buscar la curación en la misma materialidad en que la enfermedad le aquejaba» (Belinski 340).

La salud moral y el equilibrio espiritual del mundo artístico de Pushkin han sido señalados por todos los eruditos comentaristas de su obra y percibidos por los desprevenidos lectores. Le han llamado «el sol de nuestra vida», «un hombre alegre» (A. Block), «genio de la luz y caballero de la vida». Pushkin, en un comienzo, era comparado con Byron; sin embargo, aunque el byronismo estaba en boga en Europa y la sociedad culta en Rusia se enfrascaba en la lectura de los poemas románticos del poeta inglés, la influencia de éste en el periodo «romántico» de la obra pushkiniana se redujo a la temática y la forma de sus poemas «meridionales». Ya en el poema “Gitanos” (1824) Pushkin se aparta definitivamente del ideal byroniano y en su obra cumbre de plena madurez *Eugenio Onieguin* se burla del byronismo, del culto de la individualidad libre, de todas las cadenas y todos los compromisos, del culto de la soledad orgullosa y resentida. Llamando a los personajes misteriosos y proscritos de Byron «fábulas de la musa Británica», Pushkin termina la estrofa con el siguiente veredicto implacable:

Lord Byron con un capricho afortunado

Vistió de melancólico romanticismo

Hasta el incurable egoísmo.

Eugenio Onieguin, Cap. III, estrofa XII

En la naturaleza del genio de Pushkin no hay nada «demoníaco». Su sentido del mundo y su poética, caracterizados por la armonía y la

luminosidad, son ajenos a los arrebatos quimérico-místicos del romanticismo soñador. En su mundo artístico las trágicas disonancias de la vida se disuelven en la vigorosa música orquestal de «toda la verdad de la vida» (Nepomniaschi).

Los motivos de la vida y de la muerte van entrelazados. Pushkin, siendo un adolescente todavía, escribe en 1815 en una poesía dirigida a un amigo:

¡Alegría! sea hasta la tumba
Nuestra compañera fiel,
Y nos acoja la muerte
En medio de copas llenas!

En 1829, meditando sobre la muerte, tratando de adivinar la fecha y el lugar donde le iría a sorprender, el poeta manifiesta su deseo de descansar cerca de su tierra querida y termina así:

Y que a la entrada de la tumba
Retoce una vida joven
Y la naturaleza impasible
Brille con la belleza eterna.

En la «Elegía» (1830) la primera estrofa culmina con palabras de melancolía:

Es triste mi camino. Me augura esfuerzo y pena
El mar intranquilo del futuro.

Pero la segunda estrofa introduce una nota alta:

Pero no quiero morir, amigos;
Quiero vivir para pensar y sufrir,
Sé que habrá goces para mí
En medio de penas y angustias;
A veces me deleitaré con la armonía
Lloraré sobre un libro,
Y, quizás, sobre mi ocaso triste
Brillará el amor con la sonrisa de despedida.

Este equilibrio y armonía del fondo de la poesía pushkiniana no pueden ser comprendidas al margen de la extraordinaria personalidad del poeta. Belinski escribía en sus ensayos sobre la poesía de Pushkin: «Cuanto más vigorosa y profunda es la personalidad del poeta, más poeta es» (Belinski 320).

La personalidad de Pushkin es rica, íntegra, única. El académico Lijachev escribe: «Era un hombre alegre, osado y fuerte». Para Piotr Viazemski,

contemporáneo y amigo del poeta, Pushkin tenía «una fuerza moral que lo protegía y lo salvaba» y esa fuerza era «el amor al trabajo», «su inteligencia se distinguía por su claridad, perspicacia y lucidez». Innegablemente estas cualidades encontraron su expresión en la poética de Pushkin.

La genial lucidez del poeta consciente de su misión y, a la vez, infinitamente libre hizo que su obra ocupara un lugar único en la cultura nacional por encima de las disputas ideológicas y generacionales. Los estudios pushkinistas en Rusia siempre han señalado como rasgo esencial de su poesía el carácter autónomo de su inspiración, la íntima convicción en que la única misión de la poesía es crear lo bello, que en su esencia es el mismo bien moral.

Mientras Belinski afirma que «Pushkin no pertenecía exclusivamente a ninguna doctrina» y «como artista fue ciudadano del universo» (Belinski 320, 321), el filósofo Vladimir Soloviev, medio siglo después, encuentra que «en Pushkin . . . no había otra cosa distinta a un alma viva, abierta, extraordinariamente susceptible y compasiva» (Soloviev 320). El filósofo destaca en la poesía de Pushkin su carácter puro, «sin mezclas» y en su autor, su cualidad de poeta por excelencia. Un comentarista puede con ayuda de fragmentos seleccionados «atribuir a Pushkin tendencias de toda índole, incluso las directamente opuestas: extremadamente progresistas y extremadamente retrógradas, religiosas y librepensadoras, occidentalistas y eslavófilas, ascéticas y epicúreas». De hecho la poesía pushkiniana contiene todo el espectro del arco iris. «En la irisante poesía de Pushkin están todos los colores, y los intentos de pintarla de un solo color se denuncian por obvias traídas por el cabello y las contradicciones a las cuales conllevan» (Soloviev 320-21).

A diferencia de los grandes narradores rusos tan reconocidos por la cultura universal, Pushkin no era un artista desgarrado ni moralmente torturado; él no se atormentaba con las «malditas cuestiones» que no dejaban en paz a Tolstoi ni Dostoyevski y que prácticamente llevaron a locura a Gogol. Pushkin no adoctrinaba sobre «el deber del artista», él simplemente sabía que

Y seré por el pueblo querido en toda edad
Por despertar los buenos sentimientos dormidos,
Porque en mi cruel siglo canté a la libertad,
Porque imploré clemencia por todos los caídos.

“Me erigí un monumento”, (1836) ⁴

⁴ Versión de Kely y Arconada en: *Literatura Soviética* 1: 131.

El mundo ha aceptado unánimemente que la originalidad y el valor de la literatura rusa está en sus aspiraciones éticas, en su riqueza ideológica, en su sentimiento de piedad y de compasión, en su incansable búsqueda de la verdad. Nikolai Berdiaeff incluso llega a afirmar que esta literatura da la sensación «de un mal del alma, de la torturadora búsqueda de una manera de escapar a la perdición» (Berdiaeff 65). La poesía de Pushkin, sin embargo, es distinta. Los críticos rusos subrayan el carácter vivificante de su obra. El genial poeta es plenamente humano; en él hay un amor grande de la existencia, la eterna alegría de vivir. El filósofo Serguei Bulgakov lo llama «nuestro gran poeta . . . jovial y claro como el cielo de Hélade» (Bulgakov 320). Aleksandr Herzen escribía que en la época reaccionaria del reinado de Nikolai I, cuando “una profunda tristeza se apoderó de las almas de todos los hombres pensantes”, “sólo el canto sonoro y libre de Pushkin resonaba en los valles de la esclavitud y de los martirios: este canto continuaba la época pasada, llenaba con sus notas varoniles el presente y enviaba su voz al futuro. La poesía de Pushkin era la garantía y el consuelo” (Herzen 98).

En la inagotablemente rica personalidad de Pushkin y en su obra hay una faceta en la cual es nuestro propósito detenernos. Es la alegre y saludable sensualidad, el canto a los placeres sencillos, a los goces sensuales de la vida. Esta vitalidad jubilosa coloca a Pushkin en un lugar muy especial de la literatura clásica rusa del siglo XIX, que fue calificada por sus admiradores occidentales de «dolorosa», «santa» y «casta». Existe la opinión de que esta literatura como creación de tipo exclusivamente espiritual, nostálgica de verdades eternas, ascética, no tenía una tradición renacentista. Pues bien, Pushkin vino a ser el Renacimiento ruso. “Pushkin fue la primavera rusa. Pushkin fue la mañana rusa, Pushkin fue el Adán ruso. Lo que hicieron en Italia Dante y Petrarca . . . lo hizo para nosotros Pushkin” (Lunacharski 141). Nikolai Berdiaeff afirma que Pushkin es el único poeta ruso en quien “hay algo renancial, pero su espíritu no ha prevalecido en la literatura rusa” (Berdiaeff 65). A mediados del siglo pasado Herzen escribía: “Pushkin tenía el alma panteísta y epicúrea de los poetas griegos, aunque no faltaba en ella un elemento completamente moderno” (Herzen 97).

Renacentista o epicúrea, la poesía de Pushkin vino a dar alegría a consolar, a reconfortar. La luz y el fuego de esta poesía abraza todas las facetas de la vida y del hombre: en ella encuentra el lector el canto del amor ideal y del amor terrenal, de la amistad, del patriotismo y del amor al mundo entero, de los sublimes impulsos del alma y de placeres sencillos y de goces sensuales, Por encima del dolor y del tormento espiritual de los personajes

de la novela rusa se levanta el personaje lírico Pushkin como un dios pagano libre y despreocupado. Esta cualidad de la poesía no es nueva para el lector occidental pero es única y esencial para el lector ruso. Entre los novelistas rusos es León Tolstoi quien en mayor grado hereda la sensualidad pushkiniana, pero en el autor de *Ana Karenina* el sensualismo siempre va acompañado de hondo arrepentimiento. En Pushkin la sensualidad es fuerte y desinhibida, libre. En su poesía abundan los motivos que convencionalmente podríamos calificar de “anacréonticos”, siguiendo la definición hegeliana: “así, en los cantos anacréonticos, el poeta se representa en medio de las rosas, de hermosas mujeres y de lindos muchachos, de copas llenas de vino, de danzas, en la alegría serena de una fiesta[...] se pinta como un héroe despreocupado y libre. Extraña a toda sujeción y a toda necesidad, es lo que es, un hombre único en su clase, una especie de obra de arte viva” (Hegel, vol II, 487-88).

Yuri Lotman señala que el “símbolo del festín es extraordinariamente esencial” para toda la obra de Pushkin. “La mesa festiva, la alegría y la fraternidad se asocian constantemente con la libertad . . . la alegría es el indicio de la libertad, en cambio el aburrimiento y la tristeza son producto de la esclavitud” (Lotman 132). El epíteto alegre “siempre acompaña la palabra ‘libertad’”. Desarrollando la aproximación ideológica al hedonismo de la poesía pushkiniana, Lotman escribe: “la tradición que surge de los filósofos del siglo XVIII parte de la premisa de que el derecho a la felicidad se origina en la naturaleza humana y el bien común implica el bien máximo de cada individualidad. Desde esta perspectiva el hombre que ansía la felicidad cumple las prescripciones de la naturaleza y de la moral . . . solamente el hombre lleno de pasiones, que ansía la felicidad, que está dispuesto al amor y a la alegría no puede ser esclavo” (Lotman 188). De esta manera Yuri Lotman vincula la alegría, la festividad al *pathos* libertario de la poesía pushkiniana.

Desde otra perspectiva el filósofo Vladimir Soloviev en su ensayo “El Destino de Pushkin” señala que “un poderoso desarrollo de pasiones sensuales es el material del genio”. Reconoce en Pushkin una extraordinaria sensualidad unida a la inteligencia clara y recta y a la “genial regeneración de la vida en la poesía” (Soloviev 276-77).

La bondadosa y jovial naturaleza de Pushkin se manifiesta desde sus primeros pasos poéticos y se nota en él “un exitoso discípulo del arte antiguo clásico . . . Pushkin no tradujo casi nada de la *Antología griega* pero escribía en su espíritu de tal manera que algunos de sus versos originales se puede confundir con ejemplares traducciones del griego” (Belinski 335).

Los nombres de poetas y pensadores antiguos y de dioses paganos se encuentran con frecuencia entre los títulos de la obra del poeta ruso:

“La tumba de Anacreonte” (1815), “La Fiala de Anacreonte” (1816), “El triunfo de Baco” (1818), “La musa” (1826), “A Ovidio” (1822), “Canción báquica” (1825), “Safo” (1825), “De Xenofono de Colofon” (1832) “De Anacreonte” (1835), y muchos otros.

Es apenas natural que en su edad juvenil el poeta se deleita en las contemplaciones del amor y de los placeres de la vida en el espíritu de los antiguos:

Hombre mortal, tu siglo en un espectro
Persiga la felicidad fugaz:
Goza, Goza;
Llena tu copa a menudo
Fatígate con la pasión ardiente
Y busca descanso en la copa!

“La tumba de Anacreonte” (1815)

Brinden por la alegría
Del joven amor
La juventud desaparecerá
Hijos míos...
La copa ambarina
Está llena hace tiempo
Yo agradecido
Brindo por el vino.

“El Brindis” (1816)

En *Eugenio Onieguin*, Pushkin recuerda esta época de su vida:

Comenzó a aparecérseme la musa.
Mi celda de estudiante
De pronto se iluminó; la musa
Inició el festín de juveniles fantasías
Cantó las alegrías adolescentes.

Eugenio Onieguin, Cap. VIII, estrofa I

La musa juguetona “la pequeña bacante”, crece junto con el poeta y en la poesía programática “Canción báquica” (1825) el motivo del goce se asocia al triunfo de la razón y de las artes.

“Canción báquica”

¿Por qué calla la voz de la alegría?
¡Suenen alto las báquicas canciones!
¡Y vivan las mujeres que sus dones
Nos prodigan con amor y galañía!
¡Llenad la copa sin temor
Y a su fondo argentino,
Al espumoso vino
Los anillos echad, prenda de amor!
Brindemos a una voz con ilusión:
¡Vivan las musas! ¡Viva la razón!
¡Arde, sol, con llama cegadora!
La lámpara al punto palidece
Cuando su clara luz vierte la aurora.
Así falsa sapiencia desmerece
Ante el sol inmortal de la verdad.
¡Viva la luz y no haya oscuridad!

(1825)⁵

Con el paso de los años la musa de Pushkin cambia algunas de sus preferencias, pero en ningún periodo de su vida pierde el gusto por los placeres materiales. Si en la juventud la bebida es la champaña con su burbujeante espuma, en la madurez Pushkin, consciente de la nueva etapa de su vida, escribe en *Eugenio Onieguin* sin ningún resentimiento:

Brilla el vino como Hipocrene.
Con su burbujeante espuma
Me encantaba antaño
Mi último leptón
Solía entregar por él
¿Recordáis, amigos?
Su mágico fluido
Fuente fue de no pocas travesuras,
Y cuántas bromas y versos
Y disputas y sueños alegres!

Pero su rumorosa espuma
Traiciona mi estómago

⁵ Versión de José Vento Molina en: *Literatura Soviética* 1: 121. Es de anotar un hecho curioso: el vino espumoso y dorado que rebosa las copas en la poesía juvenil de Pushkin es la champaña. Pushkin y los poetas húsares de su tiempo establecen el culto de la champaña en Rusia y se puede afirmar positivamente que si la champaña ha sido la bebida nacional rusa tanto como el vodka, las raíces de este fenómeno cultural son literarias y no ambientales.

Y prefiero ahora
Al Burdeos prudente;
No sirvo más para el Aix;
El Aix parece una amante
Brillante, ligera, vivaracha
Y caprichosa y vacía.
Pero tu, Burdeos, eres un amigo
Que aun en pena y en desgracia
Compañero siempre y en cualquier parte
Presto estás de hacernos el favor
O compartir nuestro ocio apacible,
Que viva el Burdeos, nuestro amigo!

Eugenio Onieguin, Cap. IV, estrofas XLV, XLVI.

Sin embargo, no sólo de vino disfruta la musa de Pushkin; no existe para él ningún aspecto de la realidad material que desmerezca ser poetizado. La alegría de una buena mesa, de platos exquisitos no le es ajena. En graciosos versos canta las virtudes del “suculento *roast beef*”, de las trufas «el deleite de mis años de juventud», del «pastel de Estrasburgo», del «queso de Limburgo», de las chuletas, de la «dorada piña» (*Eugenio Onieguin, Cap I, estrofa XVI*) En el capítulo V, estrofa XXXVI de esta novela en verso escribe:

Me place la hora
Definir por el almuerzo, el té
Y la cena. La hora en el campo
Conocemos fácilmente:
El estómago es nuestro reloj fiel;
A propósito diré entre paréntesis
Que discurro en mis estrofas
Tan a menudo sobre festines
Sobre distintos platos y vinos
Como tú, divino Homero,
El ídolo de treinta siglos.

La desbordante alegría y los excesos de la juventud, el gusto por las comidas de lujosos restaurantes son reemplazados en la madurez por la reconfortante imagen de un hogar, de una mujer ama de casa, de tranquilidad y de independencia y de un “puchero de sopa”. El poeta se resigna sin amargura:

Se han amansado de mi primavera
Altivos sueños,
Y en la copa poética
He mezclado mucha agua.

Eugenio Oneguin, Cap. IX

Aunque Pushkin no llegó a la vejez, encontramos en él lo que Hegel llamó «la sabiduría alegre, tolerante», la mayor virtud de esta edad.

* * * *

La lírica amorosa de Pushkin también se caracteriza por la plenitud y la armonía.

Las poesías antológicas cantan el amor ideal, el amor sublime:

“A A.P. Kern”

Recuerdo un milagroso instante:
Cual una efímera visión,
Apareciste tú, radiante
Y hermosa como la ilusión.

En las angustias y amargura,
En el bullicio mundanal,
Soñaba con tu imagen pura,
Tu voz se oía celestial.

Una tormenta, en su locura,
Mis sueños disipó al final.
Y así olvidé tu imagen pura,
Tu voz de acento celestial.

En mi destierro, cada día
Penaba, lleno de dolor,
Sin Dios, sin vida me afligía,
Sin estro, lágrimas ni amor.

Mi alma despertó vibrante:
De nuevo, cual fugaz visión,
Apareciste tú, radiante
Y hermosa como la ilusión.
Y ahora el corazón cantante
De nuevo late con fervor,

Pues tiene vida palpitante,
Dios, esto, lágrimas y amor.
(1825)⁶

Pero el motivo de la mujer-musa, de la mujer amiga y de la mujer-genio de belleza pura se alterna y se complementa con el motivo de la pasión carnal. La musa del poeta también conoció la «oscuridad de la noche voluptuosa», “las manos trémulas y audaces”, “el aliento inflamado” y «labios ardientes, amorosos» (“Carta a Lida”, 1816).

La franqueza “renacentista” de revelaciones eróticas en la lírica de Pushkin nunca llega más allá del límite que es permitido por el buen gusto y la elegancia de la forma. En todo caso es el sincero sentimiento amoroso, el respeto por la mujer, por su fragilidad y ternura que prevalece.

No, no aprecio el goce tumultuoso
El éxtasis sensual, locura, frenesí,
Gemidos, gritos de la bacante joven
Cuando retorciéndose en mis brazos cual sierpe
Con caricias ardientes y azote de besos
Ella precipita el momento de últimos temblores!
O, cuánto más dulce eres tú, mi niña mansa . . .

“No, no aprecio el goce tumultuoso...” (1830)

Si bien el cuerpo de mujer es objeto de deseo y de placer en la poesía pushkiniana, en el sentimiento del poeta hay tanta devoción caballeresca y tanto abandono de sí mismo, que los versos se convierten en un canto sublime del amor terrenal. Es así una digresión lírica en el primer capítulo de *Engenio Onieguin*: el himno a diminutos pies y esbeltas piernas de mujer.

XXXII

El seno de Diana y las mejillas de Flora
Son deliciosos, amigos queridos,
Pero el frágil pie de Terpsícore
Me cautiva más, no sé por qué.
Augurando a la mirada
Un premio inapreciable
Despierta con su sutil belleza
Enjambre antojadizo de deseos.

⁶ Versión de César Astor e I. Brey en: *Literatura Soviética* 1: 121.

Me gusta el pie femenino, amiga mía
Debajo de los manteles de las mesas
En primavera sobre la mullida hierba
En invierno sobre la reja de la chimenea
Sobre el parquet brillante de las salas
Cerca del mar sobre el granito de las rocas.

XXXIII

Recuerdo el mar antes de la tempestad;
Como envidiaba a las olas,
Que corrían veloces por turnos
A posternarse con amor a sus pies!!
Cuanto deseaba tocar junto con las olas
Los pies adorados con mis labios!
No, nunca en los días fogosos
De mi ardiente juventud
Deseé con tanto tormento
Besar los labios de las jóvenes Armidas
O las rosas de sus encendidas mejillas,
O sus senos de ansias voluptuosas;
No, nunca el impulso de pasión
Atormentó así mi alma!

XXXIV

Recuerdo otros tiempos!
En mis sueños secretos
Sostengo el feliz estribo...
Siento el pie diminuto en mis manos;
De nuevo arde la imaginación
De nuevo su contacto
Encendió la sangre en el marchito corazón,
De nuevo la añoranza, de nuevo el amor . . .

* * *

Como poeta de la vida Pushkin sentía profunda e íntimamente el pulso de la naturaleza. Cantó el mar y las montañas, atributos de la poesía romántica, en sus poemas “meridionales” y en la lírica del periodo del exilio en el sur.

Sin embargo, es la naturaleza de la Rusia central que el poeta sentía más entrañable, más cercana a su corazón. Son estos paisajes de sencilla y humilde

belleza que inspiraron sus versos más sinceros y de mayor trascendencia en la cultura rusa.

Sobre el sentimiento de la naturaleza en Pushkin han escrito muchos investigadores. V. F. Savodnik escribe: "Pushkin principalmente representaba la naturaleza en sus momentos tranquilos: el desenfreno de elementos pleno de belleza sombría y que tanto atraía al otro poeta ruso y contemporáneo de Pushkin —Tjutchev—, casi no encontró reflejo en la poesía de Pushkin, con la excepción de tres poesías: "La tempestad" (1825), "Los demonios" (1830) y "El nubarrón" (1835). . . Esta elección del momento es extremadamente característica de la actitud de Pushkin frente a la naturaleza [. . .] Pushkin sentíase más atraído por la serena belleza del cosmos no desgarrado por impulsos discordantes, ni por la lucha de los elementos. La poesía de la tempestad era comprensible para Pushkin, como la poesía de las pasiones humanas [. . .] pero más cara le era a su alma la serena belleza del reposo" (citado por Losev, 230).

Armoniosa, equilibrada, lejana de las contradicciones de los elementos —así es la naturaleza de Pushkin. La delicia risueña. En ella el espíritu ardiente del poeta buscaba la quietud. Las palpitations intensificadas de la naturaleza que él percibía agudamente debido a la extraordinaria sensibilidad le agobiaban, impedián la libertad de sus inspiraciones. Existe en él una intimidad física (casi fisiológica) con la naturaleza. En la poesía "El Otoño" (1833) el poeta confiesa: en la primavera "la sangre hierve, estoy enfermo". El severo invierno le gusta más, pero a pesar de los placeres de patinaje y de "paseos en trineo con jóvenes Armidas" se le hace demasiado largo. Del verano Pushkin reprocha el "calor, polvo, zancudos, moscas" y se queja de que esta estación "arruina nuestras capacidades espirituales". De suerte que es el otoño la estación predilecta del poeta:

¡Melancólica temporada! Encantas la mirada,
Me agrada tu belleza de despedida[. . .]

VIII

Cada otoño florezco de nuevo
El frío ruso es provechoso para mi salud;
Por la rutina del ser siento nuevamente el amor;
A su tiempo llega el sueño, a su tiempo - el hambre,
La sangre juega libre y alegremente en el corazón,
Deseos bullen - estoy feliz y joven
Pleno de vida - así es mi organismo
(Hagan el favor de perdonar el prosaísmo)

IX

... Se extingue el corto día - en la chimenea, olvidada
De nuevo el fuego arde - ora mana luz brillante,
Ora arde débilmente - yo frente a él leo
O pensamientos largos acaricio en mi alma.

X

Y olvido el mundo - y en el dulce silencio
Estoy dulcemente adormecido por la imaginación,
Y se despierta en mi la poesía:
El alma se oprime con la emoción lírica,
Tiembla y canta, y busca, como en un sueño
Desahogarse por fin en libre revelación -
Y he aquí que viene a mí el invisible enjambre de huéspedes,
Amigos antiguos, frutos de mi ensoñación.

XI

Y los pensamientos se agitan en mi mente con audacia,
Y las rimas ligeras corren a su encuentro,
Y los dedos buscan la pluma, la pluma - el papel,
Un momento - y los versos fluirán libremente.

Esta maravillosa, dinámica y sincera descripción de los momentos supremos de la inspiración del poeta se asocia con los sencillos cuadros de la naturaleza patria cuando se prepara para el sueño invernal. Mientras la naturaleza se marchita, florece la poesía en el alma. Pushkin reconoce que para escribir necesita estar libre del yugo de la pasión y de las sensaciones físicas muy fuertes. Confiesa que cuando estaba enamorado era “tonto y mudo” y sólo después de que “pasó el amor, apareció la musa” (*Eugenio Onieguin*, cap. I, estrofas LVIII, LIX).

Pushkin poetizó el otoño y descubrió su saludable efecto para la vida del espíritu. En él palpita el sentimiento de la naturaleza, de su vínculo eterno con la vida de los seres humanos, de una especie de hermandad de todo lo vivo, de la unidad orgánica de la vida en la tierra.

La poesía de Pushkin está siempre a la altura del lector, desde las fiestas juveniles hasta la época cuando “el corazón busca el reposo”; en ella está la alegría de ser vivo, de disfrutar de lo que la vida puede dar aun en la desgracia, en la soledad, y en la vejez. A lo largo de la trágica historia rusa de los últimos ciento cincuenta años la poesía de Pushkin ha sido y sigue siendo “la garantía y el consuelo”.

Millones de lectores rusos podrían, al unísono con Aleksandr Blok⁷ decirle al poeta:

¡Danos la mano entre la borrasca,
Ayuda en la lucha muda!

¿No fue la dulzura de tus sonidos
Lo que nos inspiraba aquellos años?

¿No fue, Pushkin, tu alegría
La que nos daba alas?

Obras citadas

Belinski, Vissarion. *Izbrannoye. Estetika y literaturnaya kritika. V donj tomaj*. [Obras. *Estética y crítica literaria*. 2 vols]. Tom 2. *Sochinenia Aleksandra Pushkina* [Vol 2. *Obras de Aleksandr Pushkin*]. Moskva: Izdatelstvo judozhestvennoi literaturi, 1959.

Berdiaeff, Nicolás. *Una nueva Edad Media*. Barcelona: Apolo, 1951.

Blok, Alexandr. *Poetas Rusos y Soviéticos*. Traducción de Nina Bulgakova y Samuel Feijóo. La Habana: Universidad Central de las Villas, 1966.

Bulgakov, S. *Svet nevechernii* [*La luz no crepuscular*]. Moskva: Izdatelstvo Respublika, 1994.

Hegel, Georg Wilhelm. *Estética*. Trad. H. Giner de los Ríos. Buenos Aires: El Ateneo, 1954.

Herzen, Alexandr, comp. *Mirovoye znachenie russkoi literaturi XIX veka* [*Significado universal de la literatura rusa del siglo XIX*]. K. N Lomunov, "Ruskaya literaturnaya klassika y revoliutsionno-osvobodite enoye dvizheniye" Moskva: Nauka, 1987

Lijachev, Dmitri. *Zametki y nablyudeniya. Iz zapisnij knizhek raznij let* [*Anotaciones y observaciones. De la libreta de apuntes de varios años*]. Moskva: Leningrad Sovetskii Pisatel, 1989.

Losev, Aleksei. *Problema judozhestvennogo stihya* [*Problema del estilo artístico*]. Moskva/Kiev: Collegium, 1994.

Lotman, Yuri. *V shkole poeticheskogo slova. Pushkin, Lermontov, Gogo* [*En la escuela de la palabra poética: Pushkin, Lermontov, Gogo*]. Moskva: Prosveschenie, 1988.

Nepomniaschi, Valentín. "El mundo artístico de Pushkin y la contemporaneidad". *Ciencias Sociales* [Moscú] 2 (1988): 141-59.

Soloviev, Vladimir. *Filosofia iskusstva y literaturnaya kritika* [*Filosofía del arte y crítica literaria*]. Moskva: Iskusstvo, 1991.

⁷ Poeta simbolista ruso (1880-1921). *Poetas Rusos y soviéticos*. Versión de Nina Bulgakova y Samuel Feijóo, 220.